

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'65 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre

Redacción y Administración, Mayor, 24

La correspondencia al Administrador

Los libros cerrados

Hay en España infinidad de personas á quienes, según el modismo «estorba lo negro». A esos analfabetos les tiene perfectamente sin cuidado que la Biblioteca nacional, esté, como afirma un miembro del Gobierno, pésimamente organizada.

Los libros son el eje sobre que descansa la cultura nacional. Pero ¿quién los abre, quién los lee? Tres cuartas partes de españoles no saben leer ni escribir; la otra cuarta parte no encuentra facilidades para saturarse de la cultura que está depositada, como arca santa, en las bibliotecas oficiales.

Una biblioteca es un templo; pero un templo en el que no pueden entrar los devotos, ó sease los fieles. Hay libros interesantes, pero ¿quién los ve? El catálogo está poco menos que secuestrado, y los hijos de Minerva no pueden recrearse contemplándolo.

El ministro de Instrucción pública quiere que el tesoro bibliográfico nacional, esté á la disposición de todo el mundo; y es plausible ese anhelo; pero entre las dificultades de carácter burocrático que se oponen á semejante propósito, y la pereza invencible de los no alfabetos para aprovechar las ventajas inmensas de esa bibliografía «entre cristales», hay conexiones tan íntimas, que puede casi tenerse el convencimiento de que, esos libros repletos de enseñanza, permanecerán ociosos en sus estantes, que es como ser inútiles por completo para los altos y patrióticos fines á que su custodia obedece.

En nuestra bendita tierra, muy pocos corren por los libros. El leer es un entretenimiento á que muy pocas personas se consagran. Sólo se lee el periódico, y dentro de él aquello que interesa ó halaga.

Los libros están cerrados. Sería en efecto, una gran cosa, que estuviesen abiertos, que estando abiertos fuesen leídos, y que siendo leídos, fuesen comprendidos. Pero esto sería mucho pedir; sería pedir... peras al olmo.

La Biblioteca nacional es un edificio suntuoso, enorme, pero abandonado por completo, por dentro y por fuera; dentro, el servicio es deficiente por escasez de personal facultativo; fuera es un horror; el aspecto de la

verja que ha costado mucho millares de duros, es lamentable.

¿La causa? No hay que darle vueltas; no es otra que la poca afición que en España hay por los libros. La prueba es que aquí quienes los escriben viven muriendo; quienes los editan se arruinan; quienes los custodian se agitan; y quienes los leen... no los leen.

Un país así que «no siente» el libro, que no tiene afición á la letra de molde, que bosteza ante un impreso, que prefiere una becerrada á un espectáculo de cultura, no tiene derecho á figurar entre las naciones que van á la cabeza del progreso y de la civilización.

El ministro de Instrucción pública es un héroe, que pretende restablecer el prestigio del libro, que tiene fé en la virtualidad de la bibliografía nacional; pero hay que acordarse de que estamos en España, donde las tres cuartas partes de los habitantes pueden jugar á la brisca, pero no pueden leer un libro.

Organicamos el servicio de las bibliotecas públicas; pero organicamos también el ejército, poco numeroso en verdad, de los intelectuales, para que pueda combatir y vencer á esa gran masa de población á quien estorba lo negro.

Abel Inarri

Por los huelguistas

Ayer mañana recorrió las calles de nuestra Ciudad, una numerosa comisión de obreros en la que iban bastantes jóvenes agraciadas, recogiendo limosnas para los obreros huelguistas de Bilbao.

Durante la mañana recogieron por las calles de la ciudad la cantidad de cuatrocientos cincuenta y cuatro pesetas noventa y tres céntimos y en la plaza de toros la de ochocientos ochenta pesetas diez céntimos, haciendo un total de setecientos treinta y cinco pesetas tres céntimos, que en breve serán remitidas para el socorro de los dichos obreros de Bilbao.

Consejos á los bañistas

Aunque conocidos, no estará de más repetir los siguientes preceptos de la higiene del baño:

1.º Mojar la cabeza al igual que el resto del cuerpo para igualar la ac-

ción vaso motora y evitar la congestión cerebral.

2.º No entrar en el agua hasta terminadas las tres ó cuatro horas que dura la digestión gástrica.

3.º No prolongar la estancia ni abusar de los movimientos para evitar calambres.

4.º No permanecer mucho tiempo con el cuerpo mojado fuera del agua.

5.º Buscar los sitios de más pureza del agua.

6.º Evitar la entrada del baño en estado de sudor y agitación.

EL BGO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

La corrida de ayer

Penetré en la plaza después de haber apurado dos «minúes» de aguardiente, porque este «licor» dilata la pupila, aclara la vista, disipa los malos humores, encansa las ideas, fortalece el espíritu y blanda los corazones.

La plaza se asemejaba á un pimientero enterañado.

Había mujeres de labios granates y cardenos y hombres colorados y pálidos.

¡Vamos un potpurri en colores, castas, sexos y edades.

Por la fresca arena, que ayer no era candente, hicieron sus paseos las bandas de músicas uniformadas que dirige el señor Preciados y la de la Cruz Roja del señor Lladá.

El presidente que lo era el propio alcalde en propiedad.

Con chistera y con bastón toma asiento en el sillón el señor de Carrión que preside la función.

Los del bloque y los que no son del bloque le aplauden.

Hace las abluciones que determina el código con la servilleta de las faldas nasales y repercuten en el espacio las notas musicales y salen las cuadrillas que mandan los diestros José García (Algabeño), Rodolfo Gaona y José Carmona (Gordito).

Saludan al asía y éste corresponde á la atención.

Suena el clarín honoro y aparece el primer toro.

Se llamaba Hornigaito, estaba se-

ñalado con el número 36 y era negro mulato mesno y largo de herramientas.

Resulta algo bonachón y Cachiporra y Chiquito le tientan malamente la piel varias veces y quedan alicatarrillados en la sombra los jacos.

Molina y Rolo lo panean homeopáticamente y el toro se dedica á lamer los tableros.

Algabeño que lucía torne de tabaco y oro á golpes, brinda y después de una ligera faena en la que solamente sobresale un buen pase ayudado y aprovechando la ocasión se tira junto á las tablas con una buena estocada de la que cae el primero de los de don Anastasio Martín.

El puntillero «acierta» al primer golpe.

Se llamó en vida el segundo Judío, retinto, astillado del izquierdo y con el número 20 de la fienta, salió con una velocidad de cinco nudos por milla y con fuerza de treinta y tantos caballos derrengados.

Por su mote, no quiere ocuparse de clericales y anticlericales y se dedica á saltar el callejón y haciéndole «aco» á las plazas montadas.

Chabote que está de tanda sepulta honrosamente la mitad de la garrocha en el cuerpo del Judío.

El público protesta y la presidencia ordena que el piquero salga del redondeo.

Apasar de los defectos del cornúpeto fallecieron de hipo dos caballos que parecían sorbetes de «Chanti».

Gaona hizo un buen recorte.

Aguilita y Trallero le ponen los palos de reglamento y el toro comienza á defenderse en las tablas.

Brinda el mejicano Gaona que viste de lila y oro como un buen «craxdor» hispano y con el estoque y mulata sufre un desarme al primer pase de tateo y continúa pasando completamente descompuesto pues el toro estaba lapándose en las tablas y después tiene la suerte de agarrar media estocada de la que cae para siempre el segundo de D. Anastasio.

El maestro escacó «sino» estaba sordo, «¡ganas palmas!»

«Obisquito» diz que «llega» que se llamó el tercero y era negro como el «cico» de retama, gachó mesno y de algunos kilos de moza y bates.

Tachuelá, Monerri y Triguillo alternan con las garrochas cayendo Triguillo al descubierto acudiendo al quite con cierta oportunidad el Gordito.

El toro se suja al callejón para mular de aire.

Entre los diestros de coleta se arma un lío, y Algabeño que era el di-

rector de lidia no se atreve á decir: «¿Quién me compra un lío?»

¡Vaya un desvarajuste! Cada uno toreaba por donde podía y todos parecían que estaban jugando al respondedón ó á la gallina ciega.

Los rebileteros Merino y Leal cumplen con los palos sobresaliendo un par de Luis.

El Gordito que lucía un buen toro de verde y oro brinda y vá en busca del animal que se defendía en las tablas.

Carmona quisiera sacar al toro de la querencia y no lo pudo conseguir, ni tuvo un capote amigo que le ayudase en la faena.

Dá un buen pinchazo y después deja una media estocada que hace doblar al tercero de don Anastasio Martín.

El puntillero al primer golpe.

Llegó el momento de refrescar la arena y en este lapso de tiempo se presentó en el ruedo una comisión de jóvenes, algunas de ellas muy guapas, implorando una limosna para los huelguistas de Bilbao.

Los toreros abrieron sus capotes de lidia y en ellos recogieron las monedas que caían de las alturas.

Hicieron los postulantes una buena recogida en metálico y se marcharon del circo entre atropadores aplausos.

Apareció el cuarto que según su cédula personal se llamó en vida «Geltator» vistió toro castaño, llevó buenos cuernos y fué señalado con el número 57 del registro de la dehesa.

«Relator» no quiso relatar nada de los acontecimientos políticos por mor á la censura y con el mayor mutismo aceptó unos cuantos poyazos de Veneno, Cachiporra y Dientes el reserva.

Queda en la retrega de las varas un caballo tendido en la arena cuyo peso bruto no pasaría de unos siete kilos.

Bazó y Rolo pasan la suerte clavando palos como pueden.

Algabeño empieza una faena algo voluptuosa y sicalíptica y despacha al cuarto de D. Anastasio Martín de una buena estocada hasta la mano en todo el bazo.

Palmas al diestro por su valentía al tirarse.

En quinto lugar salió «Empalagoso» para empalagarnos más de lo que estábamos.

Vistió de luto desde su infancia para demostrar que iba á todas partes; su cornamenta era algo más que regular y fué señalado con el núm. 45.

El veterano Agujetas nos hizo despartir del letargo que padecíamos colocando dos magníficas varas que

nos hicieron recordar los tiempos de los inolvidables Calderones y otros picadores, de puños, de riñones y dignidad.

Agujetas fué felicitado por los maestros ovacionado estruendosamente por todo el público sin distinción de clases y edades, y un espectador se arrojó á la plaza para abrazar y besar al veterano picador.

Veguita colocó un buen par y Trallero deja uno nada más que regular.

Gaona tras una ligera faena más movidita que una tartana con el eje roto deja á volapie una estocada saliendo en el encontronazo con el pantalón roto.

¡Lo libró el santo del día y la ton-tusa del toro!

Y vamos con el último de la comisión de la ganadería de D. Anastasio Martín.

Dijeron que se llamaba «Pollito».

De pelo castaño y de menos libras lucía el número 24 y estaba muy abierto de cuernos.

Después de tres poyazos sin baja alguna en las estadias caballerescas pasa por orden del Sr. Presidente á banderillas.

José Carmona coje los rebiletes y cita de lejos llegando á la cabeza y al pretender queurar se sale del terreno y deja en los bajos los palitros.

Después cuarteando clava bien.

Gaona sale en falso y deja después un buen par y Algabeño se lío en el terreno del toro deja un palo caído y sale con un puntazo en la mano izquierda.

Gordito con mucha desconfianza pasa á Pollito con algunos ayudados y propina en un momento de arrebato un pinchazo y luego media de las que tumban.

Resumen.—El ganado en el primer tercio bastante blando, y los restantes buscando la defensa.

Los maestros no hicieron nada absolutamente nada de particular.

Los picadores haciendo lo que les daba la gana como igualmente los peones.

Hay que escluir del grupo al valiente Agujetas.

La presidencia regular; la entrada bastante buena y la tarde nebulosa y frescachona.

EL MERO

Parte facultativo

El parte facultativo dado á la presidencia por los médicos de la plaza respecto á la herida que sufrió el Algabeño fué el siguiente.

Durante la lidia del sexto toro ha ingresado en esta enfermería el dies-

por la codicia. Nos dijo que cuando el duque supo la noticia de la próxima ceremonia se puso furioso, que su exasperación aumentó al declarar Ruperto que yo era muy capaz de casarme con la princesa y que así lo haría indudablemente; que Ruperto acabó felicitando á la señora de Maubán, allí presente, porque pronto se vería libre de Flavia su rival. El duque echó mano á la espada, sin que al oírlo noble pareciese importarle un bién la cólera de su señor, á quien felicitó también por haber proporcionado á Ruritania un rey como no lo había tenido en muchos años. Y lo que es la princesa, terminó diciendo Henzar (según el relato de Juan), tampoco puede quejarse, porque el diablo le manda noyo galán que el que le había deparado el cielo. El duque le mandó retirarse de su presencia; pero Henzar no obedeció hasta haber obtenido de la dama el permiso de besar su mano como lo hizo rendidamente ante las miradas furiosas de Miguel.

Noticia de más importancia para mí fué la que también nos dió Juan sobre la grave enfermedad del rey. Juan lo había visto, demacado y débil; su estado llegó á ser tan alarmante, que el duque llamó al apollo, á un médico de Estreleau, el cual examinó al rey, salió del calabozo pálido y temblando y rogó á Miguel que le permitiese volver á la capital, no más que más en el asunto, pero

—Es posible.

—¿Supongo que el duque se reserva esa llave?

—Sí, señor. Y también la del puente, después de alzarlo, y nadie puede cruzar el foso sin que lo sepa y lo permita el duque.

—¿Y tú dónde duermes?

—En el cuarto que hay á la entrada del castillo nuevo, con otros cinco citados.

—¿Armados?

—Con picas, porque el duque no quiere confiar las armas de fuego.

Aquellos informes me decidieron por fin y formé resueltamente un nuevo plan de ataque. Había fracasado cuando lo emprendí por la «Escala de la ceb», y me dije que farfallearía también intentándolo contra el cuerpo de guardia. Resolví, pues, dirigirlo contra el lado opuesto del castillo.

—Te he prometido veinte mil florines— dijo á Juan.—Te daré cincuenta mil si mañana por la noche haces lo que yo te diga. Pero ante todo, ¿quién son esos criados que es el prisionero?

—No, señor; oreen que es un caballero amigo del duque.

—¿Y no durarán que yo soy el rey?

—¿Cómo han de durarlo, señor.

—Pues escucha, Juan, mañana, á las dos en punto de la madrugada, abre de par en par la puer-

noche y Ruperto Henzar y De Gautet de día— contestó Juan.

—¿No más que dos á la vez?

—Pero el resto de la guardia está en el primer piso, precisamente sobre la prisión del rey, y allí puede oírse todo grito y señal dados desde abajo.

—¿Sobre la prisión del rey? No sabía yo eso.

—¿Existe alguna comunicación directa entre el calabozo y la sala de guardia?

—No, señor. Hay que bajar algunos escalones cruzar el puente levadizo y desde allí bajar al encierro del rey.

—¿Está cerrada la puerta que lleva al puente?

—Sólo los cuatro caballeros tienen la llave.

—¿Y también la de la reja de entrada á la prisión?— pregunté acercándome á Juan.

—Creo que esa únicamente la tienen Dechard y Henzar.

—¿Dónde habita el duque?

—En la parte nueva del castillo, en el primer piso. Sus habitaciones quedan á la derecha del puente levadizo.

—¿Y la señora de Maubán?

—A la izquierda. Pero cuando se retiran cierran la puerta por fuera.

—¿Para impedir que haya?

—Sin duda, señor.

—¿Y quizá también por otra razón?